

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

AÑO III.—NÚM. 59.

ADMINISTRACION:
CRISTÓBAL BORDÚ, 1.—MADRID

1.º de Diciembre 1900

SUMARIO

SOCIOLOGÍA: *La esclavitud moderna*, por León Tolstoi.—*Del amor*, por Soledad Gustavo.—*La anarquía: su fin y sus medios*, por Juan Grave.
CIENCIA Y ARTE: *Fisiología*, por Fernando Lagrange.—*Crónica científica*, por Tarrida del Marmol. París, por Emilio Zola.
SECCION LIBRE: *Los falsos protectores de la humanidad*, por Vallina.—*El ser humano, ¿tiene alma?*, por Constancio Romeo.
TRIBUNA DEL OBRERO: *Lo que es la idea libertaria*, por José Clarós.—*Los enemigos de la razón*, por Sebastián Suñé.—*La casta maldita*, por Manuel César.

SOCIOLOGÍA

LA ESCLAVITUD MODERNA

Los socialistas alemanes llaman «ley de bronce del salario obrero» al conjunto de condiciones que hacen posible y fatal la opresión del trabajador por el capitalista, queriendo expresar algo de inmutable en esa ley tirana; pero en las relaciones entre el capital y el trabajo no hay nada inmutable, no siendo esas condiciones otra cosa que la resultante de las leyes humanas que bajo la denominación de «impuestos» gravitan sobre el terruño y sobre toda propiedad; esas leyes fueron hechas y mantenidas por los hombres. No es una ley de bronce ni una ley sociológica, la que da origen á la esclavitud; ésta sólo tiene raíces en los «Códigos» humanos.

La ley dice: «El suelo puede ser propiedad de un individuo y transmitirse de uno á otro por sucesión, testamento ó venta». La ley dice también: «Cada cual debe pagar, sin discusion, los impuestos que se le reclamen». La ley llega á decir: «Poseer una cosa es ser dueño de ella: los bienes adquiridos por cualquier medio pertenecen con absoluto derecho al que los posee».

Si no existieran estas leyes, no habría esclavitud.

Pero, tenemos tal costumbre de someternos á ellas, que se nos aparecen como esenciales para la vida humana, y nadie suele poner en duda ni su necesidad ni su justicia. Los antiguos juzgaban equitativas y sagradas las previsiones legales que mantenían al esclavo en el yugo. Los modernos juzgamos legítimas las que pesan sobre nosotros. Pero, así como ha llegado en la historia de las civilizaciones la hora en la cual, viendo los hombres el resultado funesto de la esclavitud, rechazaron las legislaciones que la sostenían en vigor, así también las nefastas consecuencias del régimen económico contemporáneo deben evidenciarse, acostumbrándonos á mirar como injustas é innecesarias, las leyes que rigen los impuestos sobre la propiedad territorial é inmobiliaria, causa directa de nuestra vituperable situación económica.

En otro tiempo se preguntaban si era justo que unos hombres fueran dueños de

otros y que los esclavos, no solamente carecieran de derecho á poseer, sino que tuviesen obligación de dar á sus propietarios el producto de su trabajo. Hoy podemos preguntarnos también: ¿Es justo que haya hombres á los cuales está prohibido aprovechar los frutos de la tierra que es considerada como propiedad de todos los hombres? ¿Es justo que la mayoría esté obligada á consagrar en provecho de otro, bajo forma de impuestos, una parte de su trabajo? ¿Es justo que todos los hombres en general no puedan disfrutar de lo que se reputa como propiedad de uno solo? *¿Es justo y equitativo que todos los hombres en general no tengan derecho á cultivar para sí la tierra, siendo esta considerada como propiedad de los que no la cultivan?*

Se pretende que el legislador, estableciendo esta ley, parte del supuesto de que la propiedad territorial es condición indispensable para la prosperidad de la agricultura, y que si no existiese la propiedad individual transmisible por herencia, los hombres, arrojándose á cada instante unos á otros de la tierra ocupada, nadie se arriesgaría á mejorar el campo. Pero, ¿esto es cierto? Interrogad la historia pasada y los sucesos contemporáneos. La historia dice que la propiedad territorial se creó, no con la idea de garantizar la posesión de la tierra, sino el acaparamiento del suelo, común á todos, por los conquistadores, y el reparto que hacían entre los suyos. La institución de la propiedad territorial no tuvo, pues, por objeto el fomento de la agricultura. Al contrario, los hechos demuestran que la propiedad territorial no constituye para el agricultor, en modo alguno, la certeza de que no se le prive de sus cultivos. Los que se aprovecharon y se aprovechan aún de la propiedad territorial, son los propietarios poderosos, mientras la gran mayoría de los agricultores se halla en el caso de quien cultiva una tierra ajena, de la cual puedan arrojarle á cualquier hora los que no la cultivan. En otros términos, el derecho de propiedad territorial, como existe actualmente, no garantiza al agricultor el producto del trabajo que empleó en la tierra; pero ofrece al otro el medio de apoderarse de ese trabajo. El derecho de propiedad territorial, lejos de mejorar la fortuna del agricultor, la compromete.

Se afirma también que *los hombres deben pagar los impuestos porque fueron establecidos por común, aunque tácito consentimiento, y porque sirven para las atenciones generales en provecho de todos.*

Veamos si esto es verdad, é interroguemos otra vez la historia y los hechos.

La historia nos dice que los impuestos no han sido jamás creados por un acuerdo común, sino que, al contrario, son obra del derecho del más fuerte; algunos hombres, por conquista, ó por otros procedimientos, ejerciendo supremacía sobre los demás, les *impusieron tributos*, no para las necesidades comunes, sino con intención puramente egoísta. Lo mismo sucede ahora; los impuestos son votados y establecidos por los que se abrogan el poder, y, si actualmente una parte de los tributos que ahora se llaman impuestos y contribuciones, se emplea en atenciones sociales, en general sólo sirven para mantener instituciones más perjudiciales que útiles á la mayoría de los hombres.

Examinemos, por ejemplo, lo que pasa en Rusia. Se exige al pueblo una tercera parte de sus productos, y, para lo más esencial de sus necesidades, que es la instrucción pública, se emplea sólo un 2 por 100 de esta cantidad; y no tomemos en cuenta que la enseñanza se practica de un modo más perjudicial que provechoso para el pueblo. Lo restante, es decir, el 98 por 100, se derrocha en instituciones inútiles ó perjudiciales; ejército, ferrocarriles extratéticos, fortificaciones, cárceles y otros penales, clero, administración de justicia, y salario de toda clase de empleados civiles y mili-

tares, en una palabra, todos los que hacen posibles y justifican esos abusos de que el pueblo es víctima.

Lo mismo sucede, no sólo en Persia, en Turquía y en la India, sino en todos los estados cristianos constitucionales y en todas las repúblicas democráticas. Se dispone del dinero del pueblo, no limitándose á lo indispensable, sino arramblando con lo más posible, con ó sin el consentimiento de los contribuyentes. (Todo el mundo sabe cómo se forman los Parlamentos y hasta qué punto representan la voluntad nacional.) Y ese dinero se emplea, no en la utilidad común, sino en lo que las clases dominadoras juzgan conveniente para sí. Ese dinero sirve para apoderarse de Cuba, de las Filipinas, ó de los tesoros del Transwaal, etc.

Decir que los hombres deben pagar los impuestos, porque tales impuestos han sido instituidos por común consentimiento y sirven para satisfacer necesidades comunes, es tan falso como sostener que la propiedad territorial ha sido establecida para el engrandecimiento de la agricultura.

Es cierto que algunos hombres no deben aprovecharse de los objetos que les son necesarios, si esos objetos pertenecen á otros hombres. Se afirma que el derecho de propiedad sobre los objetos adquiridos se instituyó para garantizar al obrero impidiendo que le sustrajeran el producto de su trabajo.

¿Qué valor tiene esta afirmación?

No hay más que ver lo que acontece en nuestra sociedad moderna, en la cual se protege cuidadosamente la propiedad que se halla en ciertas condiciones, para convencerse hasta qué punto la realidad de los hechos contradice aquella afirmación. Gracias al derecho de propiedad sobre los objetos adquiridos, tal como existe, sucede precisamente que todo lo que produjo el obrero y lo que se produce para él, le es arrebatado.

En otro tiempo despojaban al obrero por la fuerza y la iniquidad de todo el fruto de su trabajo. Modernamente, se ha legitimado la usurpación dando una sanción legal á este despojo, reconociendo como inviolable la propiedad así adquirida por los usurpadores. Por ejemplo: la fábrica es propiedad del patrón que la posee en virtud de una serie de maniobras depresivas, engaños y abusos en detrimento de los obreros, y esa propiedad es sagrada. La vida del obrero que se consume en el trabajo de esa fábrica, y su trabajo mismo, no le pertenecen; los debe al patrón que lo explota, que se aprovecha de su miseria para esclavizarle con obligaciones y contratos legales. Los millones de kilogramos de trigo acaparados por la especulación que se cimenta en la usura, y por una serie de extorsiones de las cuales son víctimas los campesinos, quedan como propiedad del mercader y se consideran legalmente adquiridos; el trigo, cultivado por el labrador, es la propiedad legal de otro, aun cuando el propietario del campo lo haya heredado de sus abuelos que lo robaron al pueblo.

Se dice que la ley garantiza de igual modo la propiedad del capitalista, del propietario de la fábrica, del obrero y del agricultor. La igualdad ante la ley del capitalista y del obrero, es la misma que la de dos luchadores, uno de los cuales tuviera las manos atadas, y comprometidos á las mismas condiciones de lucha.

Que lo sepa todo el mundo: cuanto se dice de la justicia y la necesidad de las tres leyes que constituyen la esclavitud moderna, tienen tan poco arraigo como cuanto se dijo sobre la justicia y la necesidad de la esclavitud antigua. Esas tres leyes modernas en definitiva, no son más que la sanción dada por la fuerza, señora del poder, á una nueva esclavitud. En otro tiempo, los hombres decretaron que era permitido comprar

y vender seres humanos, poseerlos y hacerlos trabajar en provecho propio; era la esclavitud antigua. Hoy se respetan leyes que prohíben al hombre en general de aprovechar la tierra considerada como propiedad exclusiva de uno; que obligan á pagar un impuesto, que castigan al que se vale de un objeto considerado como propiedad de otro: es la esclavitud moderna.

.....
 Hay en *Las mil y una noches* un cuento cuyo asunto es como sigue: Un viajero llega á una isla desierta y encuentra á un viejecillo sentado en el suelo, en la orilla de un arroyo, con las piernas tan descarnadas que no puede andar. El viejecillo pide al viajero que le coja para llevarle á la otra orilla. El viajero consiente; pero desde que el viejecillo se halla encaramado sobre los hombros de su bienhechor, se le agarra al cuello, y, sujetándole, le obliga á servirle y á obedecerle. El viejecillo, cuyas manos llegan á las ramas de los árboles, desde que se pudo encaramar en hombros del viajero, coge la fruta y se la come, sin dar nada al que le lleva, y cuando éste reclama, el viejecillo se burla de él.

Lo mismo sucede con los pueblos que dan á los gobernantes soldados y dinero. Con el dinero, los gobernantes compran armas y pagan á los jefes militares, formados en sus escuelas, y cuyo principal mérito es la brutalidad; esos jefes, gracias á varios medios de embrutecimiento y de terror, hábilmente perfeccionados en el transcurso de los siglos, y que forman lo que se llama «disciplina», organizan con los hombres, reducidos al oficio de soldados, lo que se ha convenido en llamar «ejércitos disciplinados».

Pero esta disciplina para los que reciben la educación militar y para los que la sufren durante algún tiempo, no es otra cosa que la abdicación ó la pérdida de aquello más precioso para el hombre, de la principal de las facultades humanas: el uso de su razón. El soldado, conducido por su jefe, se convierte en un instrumento dócil y mecánico del asesinato.

Por esto, no sin fundado motivo, los reyes, emperadores y presidentes de república, mantienen severamente la disciplina militar, y castigan siempre temerosos de una sublevación, concediendo la mayor importancia á revistas, maniobras y otros espectáculos parecidos. Ninguno de ellos ignora que esos alardes afirman la disciplina, y que la disciplina es la base, no sólo de su poder, sino hasta de su existencia. El ejército disciplinado los permite cometer, con mano ajena, esos grandes crímenes que traen consigo la sumisión de los pueblos.

Así, pues, el ejército disciplinado es el medio en uso de los gobernantes para ejercer su dominación. Y mientras disponen de ese instrumento de violencia ó de muerte, sujetan á todo el pueblo bajo su yugo. No solamente le arruinan, sino que se burlan de él, haciéndole creer, por una educación embustera, religiosa y patriótica, que les debe obediencia y veneración, y que es un deber el agradecimiento hacia los que le mantienen esclavo y le hacen padecer.

El verdadero sistema de hacer tabla rasa con los gobiernos actuales, no es oponiendo á su violencia la revolución, sino demostrando sus astucias.

Es preciso que los hombres comprendan:

1.º Que en el mundo cristiano los pueblos no necesitan armarse el uno contra el otro; que todas las guerras que nos envuelven, son provocadas por los gobernantes; que los ejércitos no son útiles más que para un reducido número de opresores; que no solamente no son necesarios á los pueblos, sino que les perjudican en alto grado, pues no tienen más objeto que hacer esclavos de los hombres libres.

2.º Es necesario hacer comprender á todos que la imposición de la disciplina militar, tan estimada por los gobernantes, es el mayor crimen que puede cometerse, y que esa institución es la prueba evidente del objeto criminal de los gobiernos. Porque la disciplina militar es el agotamiento de la voluntad y de la libertad del hombre que abdica en ella de su razón; la disciplina militar no puede tener más objeto que la ejecución de crímenes, de los cuales nunca sería reo el hombre libre.

La disciplina tampoco es necesaria cuando un pueblo lucha para defenderse; los boers lo han demostrado recientemente; y no sirve más que para asegurar el éxito de las empresas fratricidas. Recordad al viejecillo, encaramado en hombros del viajero y haciéndole obedecer, burlándose de él.

Acontece con los gobiernos como con las cuadrillas de bandoleros; la diferencia es que los bandoleros roban principalmente á los ricos, y los gobiernos abusan sobre todo de los pobres y protegen á los ricos que les ayudan á cometer sus crímenes.

El bandido de Calabria, que impone un tributo á los que quieran verse libres de sus asaltos, al menos arriesga la vida en su oficio; los gobiernos no arriesgan nada y todo lo realizan con la mentira y el engaño. El bandido no forma su cuadrilla violentamente y los gobiernos reclutan sus batallones á viva fuerza. Para el bandido todos los que le pagan tributos, disfrutan de las mismas garantías de seguridad; para el Estado, los que se aprovechan de la farsa y ayudan al engaño, no solamente son más protegidos, sino hasta recompensados; los mejor garantidos (una guardia constante los rodea) son los emperadores, los reyes, los presidentes, cada uno de los cuales percibe la mayor suma, entre las que se reparten arrancándoselas al contribuyente; luego, según la mayor ó menor participación que tengan en los crímenes del gobierno, son garantidos y recompensados, los generales, ministros, gobernadores, y así sucesivamente, hasta los modestos policías. Los menos garantidos son los que cobran menos salario. A los que permanecen ajenos á las componendas gubernativas, á los que se niegan al servicio militar ó al pago de los impuestos, se les castiga duramente; lo mismo que hacen los bandidos.

El bandido, no pervierte premeditadamente á los hombres, mientras que los gobiernos, para conseguir sus propósitos, entregan á la depravación generaciones enteras de niños y de adultos, enseñándoles doctrinas mentirosas de religión y de patriotismo.

El más cruel de los bandidos—Stenka Racine, Cartouche, Mandrin—por su crueldad implacable y refinada—sin recordar aquí los tiranos célebres Juan el Terrible, Luis XI, Isabel, etc.—, no pueden compararse á los gobiernos contemporáneos, constitucionales y liberales, con sus prisiones celulares, sus batallones disciplinarios, y sus carnicerías, á las que dan el nombre de guerras.

Los gobiernos, como las Iglesias, no se abordan más que con veneración ó con desprecio. El tiempo de veneración va pasando para los gobiernos, á pesar de toda la hipocresía que despliegan para conservar su prestigio. La hora llega y los hombres comprenderán al fin, que los gobiernos son instituciones, más que inútiles, dañosas é inmorales, á las cuales ninguna persona honrada debe aportar su concurso, ni aceptar de ellas ningún favor.

Cuando la mayoría de los hombres se resuelvan á esto, la hipocresía y los engaños en que se apoyan sus instituciones, caerán por su peso.

No hay otra manera de redimirse de la esclavitud.

LEÓN TOLSTOÏ.

DEL AMOR

Muchas son las causas que se interponen á que la humanidad sea feliz, causas que dimanar algunas de nuestro propio egoísmo y todas de la manera como funciona la sociedad actual, esa sociedad que tantos defensores encuentra aún y que sustenta un sin fin de preocupaciones y prejuicios, como si la raza humana se gozara en perpetuar la infelicidad. Nuestro yo por una parte, nuestras ideas por otra, nos dicen que el ser humano debe gozar amando y siendo amado, debe vivir y no vegetar en este mundo creado ex profeso para él, y debe procurarse la mayor dicha posible. Sin embargo, dondequiera fijemos los ojos, vemos intranquilidad, desasosiego, infelicidad permanente, como si un desequilibrio perpetuo rigiera los destinos de la raza humana, como si la fatalidad se complaciera en ver al hombre gimiendo siempre bajo el peso de una maldición eterna. ¿Es que el ser humano no siente la necesidad de ser feliz? Sí, la siente; pero todo lo que le rodea, costumbres, preocupaciones, sentimientos, pasiones, estado social, etc., conspiran en que no lo sea y en que crea ver la mano de un algo superior que le sujeta á un sufrimiento continuo, á fin de que espere en un más allá justiciero, que premie la conformidad con una bienaventuranza celestial ó castigue la rebeldía con sufrimientos eternos. Podría, por ejemplo, decir, haciendo una mezcolanza de todo cuanto abarca la sociedad humana, que esa infelicidad general tiene su arranque en el modo de ser de la sociedad; pero como sea que quiero concretarme únicamente á tratar de una de las causas que considero de las más importantísimas—la del amor sexual—, me abstengo de decir de dónde creo viene ese malestar.

Aun en asunto tan intrincadísimo y del que se ha escrito muy poco, todos los anarquistas tenemos formado el mismo concepto de la idea general del amor entre los dos sexos, solamente en ligeros y pequeños detalles, cuestión más de forma que de fondo discrepamos algo, pero este algo es referente á lo que será la familia en la sociedad del porvenir. El amor, esa atracción simpática que debe unir á dos seres de diferente sexo para reproducirse concurriendo á uno de los fines de la vida humana, en la sociedad presente apenas si lo encontramos, sea porque los más de los seres se unen sólo por cálculo, sea porque la cuestión económica, esa verdadera loca de la casa, es la culpable de que así se desenvuelvan las humanidades. La cuestión está en que ese factor principal para la felicidad humana, ese organismo el más importante para el funcionamiento de la sociedad, está atrofiado por carencia de objetivo práctico en lo presente, porque dadas las preocupaciones dominantes y dado el modo de ser de la mujer, es difícil, si no imposible, la realización de causa tan justa y bella.

La mujer en la actualidad no puede prescindir del apoyo del hombre, por cuanto la sociedad la hace incapaz para ganarse la vida; de ahí el que aunque no sienta amor consienta en el sacrilegio de unirse con un hombre que no constituye su ideal, pero que gana un jornal suficiente para subvenir á sus necesidades; de ahí que la mujer consienta en sacrificar sus sentimientos antes que entregarse á quien podrá darla mucho amor, pero también mucha miseria; de ahí que la mujer sucumba ante la autoridad paternal, que casi siempre obra impulsada por el egoísmo; de ahí que el hombre y la mujer crean, en vez de un hogar en el que rebose la felicidad por la mancomunidad de intereses y por la reciprocidad de sentimientos, un infierno espe

luznante del que se sale atrofiado completamente, ó bien se concluye como Eugenio Sellés en *El Nudo Gordiano*: con un pistoletazo.

Sin filosofías de ninguna clase, sólo con la investigación incesante de cuanto nos rodea, el hombre ha podido reconstruir un mundo mejor del que tuvieron nuestros antepasados y del que tenemos nosotros, mundo que llenará las aspiraciones de todos y hará, poniendo al hombre y á la mujer á cubierto de las necesidades, que estén en condiciones de alcanzar la verdadera felicidad, único fin que guió al ser humano en todas las etapas de la Historia.

Nuestro ideal es de amor, de felicidad, de toda la dicha posible y es un contrasentido que quienes sólo aspiramos á ser felices y á procurar la felicidad para nuestros semejantes, seamos los que más nos veamos empujados al odio; seamos los que tengamos que esgrimir las armas de la venganza para concluir con las infamias que nos envilecen y con las tiranías que nos esclavizan; seamos los que busquemos por dondequiera reciprocidad á nuestro amor y sólo encontremos cálculo, egoísmo, intransigencia, cohibiéndonos la realización de nuestras más altas aspiraciones la falsa y denigrante sociedad que nos lanza á todos los extremos para que podamos conseguir lo que constituye el todo de nuestro organismo: la libertad y el bienestar humanos.

Muchos son los pensadores que reconocen que el matrimonio tal y como actualmente está constituido es una esclavitud recíproca en la que el hombre y la mujer abdican su voluntad, su razón, su libertad en aras de una institución que pudo crearse cuando se reconocía el derecho del más fuerte, pero nunca perdurar hasta los tiempos en que la fuerza—moralmente—no constituye el derecho.

No hay aquí que objetar que una cosa es el matrimonio y otra cosa el amor. Si se pretendiera establecer—con el desenfado propio de los escépticos en materias amorosas, pero prejuizadores rancios cuando se trata de la libertad de las pasiones humanas, del libre desenvolvimiento de los seres, de la omnimoda libertad de que queremos dotar al hombre—que en el matrimonio basta el pacto mutuo de los contrayentes de respetarse en el sentido de guardar su honra, hecho delante del juez ó del cura sin que haya necesidad de la atracción natural que deben sentir dos seres de diferente sexo cuando se unen para el principal de los fines de la vida humana, nosotros diríamos que sin la atracción que precisa en estos actos para no tener de clasificarlos con la nota de prostitución legalizada, que en tal extremo entrará todo contrato sexual, que represente compra y venta, no comprendemos cómo durante tantas y tantas generaciones ha pretendido subyugarse al matrimonio en nombre de unas leyes antinaturales todo sentimiento nacido fuera de él, puesto que no se necesitaba el amor para consumarse, ni cómo se ha podido comprender por *honra* la esclavización de las sensaciones internas, de ese algo que todo ser pensante percibe dentro de sí cuando lo exterior hiere las fibras propensas á aquellas sensaciones que comúnmente llamamos amoratorias y que no hay costumbre que las acalle, ni ley capaz de extinguirlas cuando se sienten con todo su calor, con toda la plenitud de su poder.

Ha escrito un autor, cuyo nombre no recuerdo, que «el amor no deja libertad para la elección; al principio manda como señor; después reina como tirano, hasta que se rompen sus grillos á fuerza de tiempo por el esfuerzo de una razón poderosa ó por el capricho de un enfado llevado adelante.»

Reproducimos estas palabras de un escritor burgués para que se vea que no somos exclusivamente nosotros los que, analizando los sentimientos, nos convencemos de que no son eternos en el individuo ni responden á la perpetuidad de que como sacra-

mento y como ley nos han querido hacer cargar con el sambenito aquellos que quisieron dar una norma moralizadora á la humanidad, consiguiendo únicamente que se burlara la ley cuando ha entorpecido las acciones de los hombres, que es siempre que entrambas tienen de verse frente á frente.

Por todo lo cual, dadas las condiciones de la presente sociedad que cohiben en nombre de la moral y de las costumbres—cosas ambas creadas por quienes legislaron durante el día, pero que al ver llegar las sombras de la noche, hombres darwinianos al fin, tiraron los códigos y corrieron á buscar á las sacerdotisas en su mismo templo—nuestras espontáneas manifestaciones, haciéndonos incapaces de realizar el bien á que aspiramos, no nos queda otro recurso que, remachando el clavo hoy y mañana y siempre, con que queremos implantar nuestra infelicidad presente, trabajemos para convencer á la mujer, que es la que más sufre el yugo de la sociedad por todo lo que la tiene esclavizada y cohibida, puesto que la sociedad actual es la culpable de que ella sea infeliz, de que no pueda amar á quien quiera, sino única y con exclusividad el que económicamente le conviene ó le dan, sin que en muy raro caso pueda ser ella la que escoja en completa libertad el que prefiere, que el único ideal que reconoce los derechos de la mujer, la libertad de la mujer, la personalidad de la mujer, considerándola como parte integrante de la naturaleza y factor principal de la sociedad, es la acracia, última concepción del cerebro del hombre y la única que encuentra en su medio y en su fin la completa realización del bienestar humano.

SOLEDAD GUSTAVO.

LA ANARQUIA

SU FIN Y SUS MEDIOS

XXI

La huelga general.

Suspensión de la vida social.—La huelga general no necesita el concurso de los capitales.—Ante la huelga general la fuerza burguesa es impotente.—También el parlamentarismo es impotente si los trabajadores saben y quieren solidarizarse.—Principios de la huelga general.—El 1.º de Mayo.—Función funesta de los políticos.—Primera tentativa de huelga general.—Funciones del gobierno.—Falta de vigor.—Papel de los grupos corporativos y de los partidarios de la emancipación individual.

Si las huelgas parciales son impotentes para producir una mejora real á la clase trabajadora, la unión completa de todos los cuerpos de oficio tendría alcance muy distinto. Ni siquiera habría necesidad de *todos* los trabajadores y de *todos* los oficios.

Imaginé nonos, por ejemplo, el paro de los mineros, de los mecánicos, de los empleados del ferrocarril y los obreros de otras corporaciones similares, y veremos muerta la industria, concluidas las transacciones, suspendida la vida social. Y esto, aun siendo muy grande, exige menos esfuerzo de parte de los obreros que una huelga parcial cualquiera, que puede durar muchos meses, mientras que la huelga general en ocho días arruinaría á la mayoría de los capitalistas.

Cualquier obrero que trabaje, preparándose anticipadamente, puede hacer economías para vivir quince días con los brazos cruzados, tiempo suficiente para presenciar la ruina de los capitalistas antes que sus reservas se extinguieran.

La huelga general, aunque no se haga más que para perseguir las mejoras anodi-

nas que constituyen el ideal del obrero, traería inmediatamente la emancipación de los trabajadores, porque éstos, al ver la facilidad con que harían capitular á sus explotadores, exigirían muy pronto lo que constituiría su emancipación.

Si los maquinistas se negaran á poner en marcha las locomotoras, y los mineros á extraer la hulla; si los carteros se negaran á distribuir la correspondencia (1); si los telegrafistas y telefonistas dejaran de transmitir noticias y asegurar las comunicaciones comerciales y otras; si el panadero no quisiera cocer pan, los burgueses se confundirían en un caos de inercia. La muerte de los negocios sobrevendría inmediatamente.

Á los que en días de lucha se baten en la calle, se les fusila sin compasión; pero ¿cómo fusilarían á los que no salieran de su casa? Se encarcela á diez, veinte ó ciento en circunstancias excepcionales; pero ¿cómo reducir á prisión á los que se contentan con decir: «cuando hayáis accedido á nuestra demanda, volveremos al trabajo», quedando tranquilamente en sus casas esperando el triunfo, que no se haría esperar!

¿Que encarcelaban para intimidar? Tanto peor para la burguesía, porque los trabajadores excitados y conscientes de su fuerza podrían contestar á las vejaciones con energía.

*
* *

El día que los trabajadores lleguen á convencerse de la fuerza formidable que constituyen y consigan entenderse y solidarizar entre sí, la explotación burguesa concluirá. No podrán consentir que les exploten por más tiempo quienes son incapaces de vivir sin el concurso de los trabajadores.

La posibilidad de la huelga general demuestra la impotencia del parlamentarismo. Éste no ha hecho nada en favor de la clase trabajadora; las leyes promulgadas para proteger al obrero, cuando no lo han sido para amparar más y más al capital, han demostrado su impotencia por los resultados negativos que han producido. La organización económica de la sociedad es siempre más poderosa que las leyes que puedan dictarse.

Así los parlamentarios ensalzan como un gran progreso para los obreros la posibilidad de generalizar y dar sanción legal á la jornada de ocho horas, inscriben esta reforma en sus programas electorales, sin preocuparse de cuándo podrá ser realizada.

Hace más de cuarenta años que los republicanos, hoy en el poder, consignaban en su programa la abolición del presupuesto de cultos y la del ejército permanente, ofreciéndonos estas reformas para cuando su imperio fuera establecido; actualmente que su poder está consolidado, se niegan en absoluto á realizar lo que fué promesa en la oposición, so pretexto de que son prematuras esas reformas.

Con la huelga general no es necesario esperar ninguno nada del parlamento ni de las leyes, que no pueden reformar nada, si aquellos á quienes deben beneficiar no tienen suficiente energía para imponer lo que desean. ¿Quieren los trabajadores ser libres para discutir y defender sus intereses contra la rapacidad de los patronos? Pues para ello no deben esperar que una ley les autorice; que afirmen su derecho imponiendo su deseo sin contar con la ley, ó contra la ley misma, si necesario fuese.

Ya sabemos que el obrero, trabajando ocho horas ó trabajando diez, ha de ser igualmente explotado; pero si cree que es una ventaja trabajar ocho horas, lo mismo

(1) Después de haber escrito esto ha habido una huelga de carteros que ha durado dos días, viniendo á demostrar nuestro acerto.

que individualmente se niega á acelerar el trabajo, á pesar de las exigencias de encargados y patronos, que se tomen dicha jornada, saliendo del taller una vez terminada, y que sostengan con entereza el mismo ó mayor salario y la marcha ordinaria en el trabajo.

Para obligar á los patronos á aceptar tan digna resolución, sólo necesitan cohesión y solidaridad; deben, pues, trabajar para adquirir la una y la otra.

Hemos visto que la huelga general, suspendiendo toda la actividad social, les obligaría á admitir, de grado ó por fuerza, cuantas imposiciones se les hicieran.

*
* *

Cuando hace unos quince años empezó en Francia, creo que el compañero Tortelier, á hablar de la huelga general, acogió la idea con indiferencia. Me parecía buena, como arma de guerra contra la explotación; pero como en el fondo no era sino la idea de revolución bajo otra forma, creía preferible preparar los espíritus para la toma de posesión del suelo y los instrumentos de trabajo, aconsejándoles que no deben limitar su actividad á las conquistas de simples mejoras. La propaganda de la huelga general exigirá una gran propaganda. ¿Por qué desanimar así á lo que nosotros llamamos revolución?—me preguntaba yo. Y es que olvidaba que nada grande puede hacerse en una pieza, y que una misma idea, presentada bajo cierto aspecto, se estaciona, y en forma diferente puede progresar con rapidez.

La idea, sin embargo, hizo su camino reforzado por otra que apareció casi al mismo tiempo: el 1.º de Mayo. Esta segunda proposición resultó excelente como apoyo de la otra, porque cada año, en la misma época, los trabajadores de todos los países, uniéndose en una acción común, abandonaban el taller en señal de protesta contra el capital y la explotación.

Este propósito grandioso hubiera sido fecundo en resultados, acostumbrando á los trabajadores á solidarizarse, y podía progresivamente conducirles á la huelga general. Pero los políticos se apoderaron del pensamiento. De una protesta contra la explotación hicieron un día de fiesta, hasta con aprobación de algunos explotadores, y poco á poco se convirtió en platónica reclamación á los poderes públicos, dirigiéndose á éstos en ridículas procesiones, que proporcionaron ocasión á algunos charlatanes de ponerse á la cabeza de las tales y adquirir, perorando, una funesta popularidad.

Bajo esta perniciosa influencia se ha ahogado el movimiento, y, hasta como fiesta, no tiene ya carácter ni vitalidad. Quizá algún día las circunstancias lo vuelvan á su idea primitiva.

*
* *

Respecto á la huelga general, reconocieron que era imposible desviar el movimiento desde un principio, y combatieron la idea con todas sus fuerzas; pero como fué bien acogida por cuantos desean incesantemente salir de la infecta sociedad en que vivimos, hizo su camino entre los obreros, y en los grupos, corporaciones y congresos, se discutió con entusiasmo.

Muchos que, como yo, acogieron la idea con indiferencia, juzgándola impracticable, se adhirieron á ella con entusiasmo al ver que adelantaba sustentada por los trabajadores que la suponían realizable en breve plazo. Los acontecimientos se encargaron de demostrarnos que la posibilidad de realizarse estaba más cerca de lo que creíamos.

Á últimos del año 98 en París, durante seis semanas, sin ninguna preparación, sin previo acuerdo, sin premeditación, estuvimos á punto de ver á los trabajadores ne-

garse casi unánimemente á tolerar por más tiempo las exigencias patronales; unos reclamaban simples mejoras en las condiciones del trabajo, y otros hacían huelga por solidaridad, por hacer causa común con los que ya habían comenzado la lucha.

Poco faltó para que la vida social se suspendiera al cesar de trabajar los obreros.

Sorprendidas por los acontecimientos las corporaciones, no se declararon en huelga sino unas después de otras; así sucedió que, cuando unas entraron en lucha, otras estaban casi á punto de capitular; el sindicato de los caminos de hierro fué el que más tardó en decidirse. La causa de esta tardanza en lanzarse á la lucha debe la burguesía agradecerla al gobierno republicano que, fiel en su papel de defensor de los privilegiados, violó sin escrúpulo de su propia legalidad la correspondencia particular y de corporaciones, robando cartas que excitaban á los empleados de los caminos de hierro á que cesaran en el trabajo.

Á estas tropelías hay que añadir los registros domiciliarios de los individuos más significados en los sindicatos, cuyo resultado fué un fracaso para la policía, y la ocupación militar de las principales estaciones.

La huelga continuó, no obstante, durante algún tiempo, porque otras corporaciones abandonaron el trabajo; pero por falta de unidad había perdido desde un principio su intensidad, quedando reducida á una serie de huelgas parciales.

En este movimiento ha habido siempre para mí un misterio que no he podido explicarme, y es la facilidad con que se generalizó. Cuando los *terraniens* (1) se declararon en huelga, la soldadesca invadió las calles en son de guerra y nadie secundó el movimiento de estos obreros. Luego, como incendio alentado por la pólvora, una multitud de sindicatos se declararon en huelga, produciéndose así un fenómeno sin precedentes.

Durante algunos días, una tentativa de motín en París hubiera producido lamentables desgracias, y los más significados en el movimiento hubieran hecho un mal negocio. Circularon rumores de que agentes del gobierno iban á provocar una algarada; pero aun admitiendo que la huelga hubiera sido malograda por quienes tenían en ello interés, se hubiera sacado la consecuencia de que, sin previa preparación y sin anteriores acuerdos, infinidad de corporaciones se lanzaron á la lucha, por mejorar sus condiciones y por solidaridad, y que la huelga general estuvo á punto de ser un hecho.

*
* *

Aunque el gobierno no hubiera intervenido haciendo fracasar la huelga de los caminos de hierro, no hubieran conseguido gran cosa, creo yo. La lucha mal entablada, puesto que unas corporaciones abandonaban el trabajo cuando otras, ya en huelga, estaban para rendirse, demostraban falta de coordinación en el movimiento. La espontaneidad carecía de vigor. Los espíritus no estaban preparados.

Fué, sin embargo, bastante imponente para que el gobierno tuviese miedo y se diera prisa en arrojar sobre el plato de la balanza legalidad el peso del «ejército nacional», demostrando con este hecho la inutilidad de los ejércitos permanentes.

Si este movimiento prematuro hubiera abortado por sí mismo, la huelga general hubiera recibido un rudo golpe; fracasando por la intervención del gobierno, la cosa carece de importancia; servirá de lección á los trabajadores, enseñándoles que la huel-

(1) Obreros que hacen excavaciones, desmontes, terraplenes, abren zanjas en las ciudades, vacían los cimientos de los edificios y hacen pozos. — (N. del T.)

ga general no es una utopía, según gentes interesadas en ello han dicho. Y cuando los asalariados se hayan ejercitado en el manejo de esta arma, sabrán al mismo tiempo que no deben limitarse á simples reclamaciones de aumento en los salarios. Es preciso que paralelamente hagan su progreso la idea de la huelga general, la de la supresión de la explotación del hombre por el hombre, la de la libertad completa del individuo y la práctica de la solidaridad más absoluta, enseñando á los hombres que la lucha social no es más que un medio para emanciparlos, ya que el orden actual, basado en la fuerza, no les deja otra alternativa para llegar, más que el apoyo mutuo y la armonía.

El papel de las agrupaciones corporativas es el de propagar la idea de huelga y de lucha por todos los medios contra la burguesía y la explotación; el de los partidarios de la transformación social es de trabajar por la educación individual y el engrandecimiento de los cerebros, para que los esclavos lleguen á saber servirse del arma puesta á su disposición. Estos tienen la misión de trabajar por la difusión de la justicia y la concordia que, indicando á los trabajadores la finalidad que deben realizar, les indique también los medios que más directamente les conduzcan á ella.

JUAN GRAVE.

(Traducción de Antonio López.)

CIENCIA Y ARTE

FISIOLOGÍA

TEORÍA DE LA FATIGA

La fatiga es un regulador del trabajo.—Condiciones orgánicas que apresuran la presencia de la sensación de fatiga: debilidad de los órganos; exuberancia de los tejidos de reserva.—Sucesión y encadenamiento de los fenómenos de la fatiga.—Fatiga local y general; fatiga inmediata y consecutiva.—Los diferentes «procesos» de la fatiga: 1.º Efectos traumáticos de trabajo en los órganos del movimiento. 2.º Autointoxicación por los productos de desasimilación. 3.º Agotamiento orgánico por autofagia. 4.º Agotamiento dinámico por gasto de la fuerza disponible de los elementos musculares y nerviosos. Insuficiencia de las nociones fisiológicas actuales para explicar todos los fenómenos de la fatiga.

Hemos revisado los principales hechos fisiológicos que acompañan al trabajo y las modificaciones del organismo que resultan de la actividad muscular. Podemos ahora resumirlos brevemente y exponer las conclusiones que se desprenden.

Considerando el acto muscular en su origen, que es la contracción del músculo, y estudiándole hasta su conclusión, que es la fatiga consecutiva ó las agujetas, y hasta en sus consecuencias patológicas más graves, el recargo y el agotamiento orgánico, podremos presentar un cuadro completo de los efectos de la fatiga y formular sobre él una teoría racional.

I

La fatiga es la consecuencia de la acción material, ejercida por el trabajo, sobre los órganos del movimiento y sobre los grandes sistemas orgánicos asociados al ejer-

cicio. La sensación que resulta para el individuo de la actividad excesiva de sus músculos, es un verdadero regulador del trabajo, que funciona con tanta más sensibilidad, cuanto mayor peligro ofrece el exceso de ejercicio para el organismo.

En un hombre demasiado débil, la sensación de fatiga es muy penosa; porque en un cuerpo débil los órganos de poca resistencia están expuestos á sufrir más fácilmente las averías del trabajo. En el hombre de vida inactiva, recargado de tejidos de reserva, la fatiga se produce con mucha intensidad al menor trabajo; debido á que el ejercicio violento, á causa de los tejidos de reserva exuberantes que su organismo encierra, le produce muy pronto las agujetas y el recargo.

Si echa una ojeada general sobre los fenómenos del trabajo y los de la fatiga, puede verse claramente que los unos se derivan de los otros, y es fácil deducir las relaciones de causa á efecto que los unen.

Cuando el músculo se contrae con fuerza, se producen en todas las partes sensibles de la región en que se efectúa el trabajo, sacudidas y rozamientos de los que resulta un dolor. Se produce además en el músculo, por el hecho mismo de su trabajo, un movimiento de desasimilación, del que resultan sustancias orgánicas tóxicas: y la presencia de estos productos de combustión es origen de la sensación local de impotencia que se nota en el músculo que ha trabajado.

Todo el organismo se halla asociado al trabajo de un solo músculo. Por el hecho mismo de la contracción muscular, el líquido sanguíneo sufre una aceleración, que obliga al corazón á activar sus movimientos. El pulmón recibe más sangre que en estado normal y se congestiona; los movimientos respiratorios son más frecuentes. Entonces interviene una nueva causa de malestar, la saturación de la sangre por el ácido carbónico resultante de las combustiones del trabajo. El efecto de esta intoxicación pasajera, contra la que lucha el pulmón para lanzar fuera el gas nocivo, es un sufrimiento general del organismo. Entonces se produce la sofocación.

A la sofocación se unen las sensaciones penosas, debidas al calentamiento de la sangre y á la impresión que produce esta sangre caliente en los centros nerviosos, y así se encuentra completo el cuadro de la *fatiga general* que sigue al ejercicio.

Pero, tan pronto como se interrumpe el trabajo, las perturbaciones funcionales del corazón y del pulmón se calman, gracias al retraso en la impulsión dada á la sangre. Al propio tiempo disminuye la producción del ácido carbónico, y el que estaba formado se elimina rápidamente, baja la temperatura de la sangre por radiación y por la evaporación del sudor que inunda el cuerpo.

Todo entonces entra en orden; y, sin embargo, si el ejercicio se ha llevado demasiado lejos, no obstante el reposo de los músculos, hay un sufrimiento persistente, que es la *fatiga consecutiva*. Los miembros que han trabajado conservan un cierto grado de dolor, que el reposo no hace desaparecer de un golpe, porque los músculos han sufrido verdaderas lesiones mecánicas bajo el influjo del trabajo; estirones, pequeñas rasgaduras de las fibrillas, roces de las membranas envolventes y de las sinoviales, contusiones en las articulaciones.

Se desarrollan además otros sufrimientos que no pueden explicarse por una causa mecánica; son éstos la fiebre, el malestar general, la sensación de debilidad y el abatimiento, síntomas todos que indican que el organismo está bajo el peso de un agente tóxico. Estas molestias son debidas al paso por la sangre de los productos de desasimilación, que entorpecían los músculos y de los cuales la corriente sanguínea despeja poco á poco á la fibra muscular para llevarlos al riñón, encargado de expul-

sarlos fuera. La limpieza de la máquina muscular mediante la sangre, es tanto más lenta, cuanto más abundante sean los residuos debidos al ejercicio.

En el tiempo transcurrido entre la producción de estos residuos y su expulsión por la orina, el organismo se encuentra bajo la acción de un verdadero envenenamiento: de ahí la fiebre de agujetas y la sensación de malestar general. Los residuos nitrogenados, á los cuales se deben las agujetas febriles, se separan lentamente de los músculos y pasan lentamente también á través del filtro renal. Durante todo este tiempo que precede á su eliminación, el organismo está bajo su acción y lucha contra ella.

Así se explica la aparición tardía de la fatiga consecutiva y su persistencia después de haber cesado el trabajo.

Por último, si los residuos son demasiado abundantes ó el organismo poco resistente, se ve que estas sustancias nocivas dan lugar, por un proceso desconocido para nosotros, á la producción de otras sustancias parecidas, que se renuevan en la sangre durante bastantes días, y que originan las fiebres graves del recargo.

Estoy, pues, inclinado á creer que el punto de partida de todos los accidentes generales de la fatiga, es un envenenamiento del organismo por sus propios productos de desasimilación. Todas las fases de la fatiga general, desde el más pequeño malestar que ocasiona la impotencia momentánea, hasta la sofocación extrema en que sucumben los animales, y la fiebre del recargo de trabajo tan parecida al tifus, son debidas á sustancias tóxicas más ó menos activas, y retenidas más ó menos tiempo en la sangre.

Pero las perturbaciones de nutrición, que son consecuencia del trabajo, no pueden explicarse todas por la autointoxicación del cuerpo. En ciertas formas del recargo se ve alimentarse el movimiento de nutrición, á expensas de los tejidos más esenciales de la vida. Los tejidos de reserva se han agotado, los que forman la trama de los órganos son atacados á su vez, y el cuerpo, en vez de asimilar materiales nocivos, como en las demás formas del recargo, se priva, por el contrario, de los elementos orgánicos indispensables para el equilibrio de la salud. En este caso no hay autointoxicación, pero sí *autofagia* y agotamiento.

II

Entre los hechos de la fatiga hay toda una serie en que la clasificación metódica parece hasta ahora imposible, porque son muy desconocidos. No se pueden colocar ni al lado de los hechos mecánicos, tales como las averías sufridas por los músculos, ni al lado de las perturbaciones de nutrición, como las intoxicaciones debidas á los residuos, y el agotamiento, debido á la disminución de la masa de tejidos orgánicos. Los llamaremos hechos *dinámicos* de la fatiga, porque parecen manifestarse sólo por una pérdida de fuerzas, sin que lesión alguna, ninguna modificación química, ninguna pérdida material, pueda notarse en el organismo. Así ocurre en el ejemplo siguiente: Apretemos con todas nuestras fuerzas un dinamómetro manual bastantes veces y de modo que nuestras compresiones se efectúen con bastante rapidez; observaremos entonces que, si el primer esfuerzo empuja la aguja del aparato hasta la cifra 50, por ejemplo, el siguiente no se traducirá más que por la cifra 45; después, á cada nueva prueba, el dinamómetro acusará una nueva disminución de la presión, tanto, que los esfuerzos, al cabo de cierto tiempo, llegan á ser casi insuficientes para mover la aguja indicadora. Aquí la fatiga de la mano no sabrá explicarse por una perturbación más

ó menos profunda de la nutrición de los músculos, puesto que se disipa demasiado pronto: cinco minutos de reposo bastan para volver á los músculos su vigor primitivo: no puede menos de suponerse un efecto *dinámico*. La mano había llegado á ser momentáneamente impotente, por gasto excesivo de la energía propia contenida en la fibra muscular, ó en el elemento nervioso que mueve esta fibra.

Se llama *agotamiento* al estado de un órgano que ha perdido su energía especial; pero no debe confundirse este agotamiento *dinámico* con el *orgánico*, cuya historia hemos hecho, y que se caracteriza por la disminución de ciertos elementos anatómicos. En la substancia nerviosa agotada se ve disminuir, no la masa de las moléculas materiales, sino sencillamente la manifestación de la energía propia con que están dotadas estas moléculas.

¿Se descubrirán en el nervio fatigado perturbaciones de nutrición hasta hoy desconocidas? Todo inclina á creerlo, puesto que es sabido que la substancia nerviosa se calienta y se congestiona cuando está en actividad. Su trabajo está sometido á las mismas condiciones fisiológicas que el músculo, y su fatiga debe estar sometida á las mismas leyes. Pero en el músculo mismo se ha podido comprobar un agotamiento de la contractibilidad, que parece deberse en ciertos casos á un gasto de la energía de la fibra, independientemente de toda intoxicación por los productos de desasimilación y de toda pérdida material en el órgano. No se puede, pues, por menos de admitir, entre los hechos de la fatiga, una serie de fenómenos debidos á una sencilla pérdida de la energía vital, á consecuencia de la actividad misma del elemento que ha trabajado. Es necesario hacer una categoría provisional de estos hechos, bajo el título de *fatiga dinámica*, y admitir que esta forma de la fatiga es debida, en los nervios y en los centros nerviosos, á una pérdida demasiado grande de la fuerza, que se llama, á falta de otra palabra mejor, *influjo nervioso*.

El influjo nervioso, lo mismo que el calor de la electricidad, es resultado de la libertad en que se pone una fuerza que estaba en potencia ó en *estado latente* en las moléculas de la substancia nerviosa, de donde la hacen salir ciertas circunstancias. Una barra de hierro caliente que se echa en el agua se enfría por la pérdida de calórico, que el líquido, más frío, le sustrae. Un nervio, excitado para que haga entrar en contracción un músculo, parece también despojado, por el hecho mismo de su trabajo de transmisión, de cierta cantidad de energía, y así como el hierro rojo no tenía más que una cantidad dada de calor libre, del mismo modo, el nervio excitado, no tenía más que una cantidad limitada de influjo nervioso disponible, que ha gastado durante el trabajo.

La analogía, hasta aquí, parece satisfactoria; deja de serlo si se considera que el calor perdido por el hierro que se apaga, no se reproduce espontáneamente, mientras que el nervio, abandonado á sí mismo, encuentra su energía, su influjo nervioso, sólo por el hecho del tiempo que transcurre. La provisión de fuerza agotada se renueva sin necesidad de más condición que la de cesar de gastarla.

Supongamos un depósito de gran capacidad, en el cual se acumula el agua por un tubo conductor de pequeño diámetro. Abrid el depósito y utilizad el agua que le llenaba para mover una turbina: al cabo de algún tiempo, la provisión de agua se agota y la turbina deja de moverse. Sin embargo, el tubo conductor no deja de llevar líquido; y si cerráis el depósito, la masa que poco á poco se acumula, llegará á ser bien pronto bastante para hacer marchar la rueda. Tal es, á falta de explicación satisfactoria, la imagen que me parece mejor para hacer comprender cómo ocurren los hechos.

Me he esforzado en presentar al lector una teoría de la fatiga lo más clara y completa que he podido; ha de perdonar las lagunas é imperfecciones de este capítulo, en consideración á su novedad. Hasta hoy, ningún autor ha agrupado en un cuadro metódico todos los hechos que pueden ser consecuencia del trabajo, ni se ha tratado de determinar sus leyes.

Los hechos de la fatiga son *locales ó generales, inmediatos ó consecutivos*. Si tratáramos de resumir las leyes fisiológicas, según las cuales evolucionan estos hechos, veríamos que se limitan á cuatro órdenes de causas:

- 1.º Lesiones materiales de los órganos del movimiento.
- 2.º Auto intoxicación por los residuos del trabajo.
- 3.º Reabsorción exagerada de los tejidos vivos.
- 4.º Agotamiento dinámico de los elementos motores.

FERNANDO LAGRANGE.

(Traducción de Ricardo Rubio.)

CRÓNICA CIENTÍFICA

Los nuevos experimentos del conde Zeppelin.—¿Está resuelto el problema de la navegación aérea?—Opinión de M. Hiran Maxim.—Comparación entre los resultados obtenidos por M. Zeppelin y por sus precursores franceses.

Hablé en el núm. 57 de esta Revista, mis lectores lo recordarán, de la primera ascensión del conde Zeppelin, haciendo entonces una descripción minuciosa de su aparato, por lo que juzgo inútil reproducirla. Recordaré, sin embargo, en lo concerniente á los primeros ensayos del sabio austriaco, que su viaje se ejecutó á la velocidad de ocho metros por segundo; que la distancia recorrida, á una elevación de 400 metros, fué de seis kilómetros en diez y siete minutos y medio, y que la maniobra para subir y evolucionar dió excelentes resultados.

El éxito del experimento, considerado en su conjunto, no pasó de mediano. Bien es verdad que se mezcló un contratiempo: la cuerda que suspendía el peso móvil se enredó en el manubrio destinado á dar los movimientos laterales, y quedó paralizado después de haber funcionado perfectamente durante mucho tiempo.

El conde terminó sus experimentos prometiendo renovarlos pronto, y ha cumplido su palabra; por mi parte me apresuro á declarar que los resultados de sus nuevas ascensiones, en su conjunto, son muy superiores á los experimentos de Julio próximo pasado; el aéreo-nave maniobró durante tres cuartos de hora en todos sentidos á la altura de más de 600 metros, llegando á describir en una de sus ascensiones un círculo completo, á pesar de un viento fuerte.

Del resultado obtenido deducen muchos colegas que el problema de la navegación aérea puede ser considerado como definitivamente resuelto; pero no nos apresuremos á confiar en esperanzas optimistas, porque ha ocurrido ya muchas veces que después de experimentos preliminares sobre la navegación aérea ó submarina, los hechos posteriores han resultado negativos. Tratemos, por esta vez, de no incurrir en nuevas decepciones. Si nuestra desconfianza fuese excesiva, no por eso dejaría de brillar la verdad. Una sorpresa agradable es siempre superior á una desesperante decepción.

Admitamos que los experimentos de M. Zeppelin tienen un principio feliz, hasta

brillante, de la solución del problema; pero resultados no menos notables se han logrado en experimentos anteriores. Por esta razón, el famoso inventor Hiram Maxim, interrogado en Londres por un redactor del *Evening News*, se mostró pesimista, aunque reconociendo los laudables esfuerzos del aeronauta austriaco. Según M. Maxim, hasta que no se venza la resistencia de los vientos tempestuosos no podrá considerarse el problema como resuelto. «Por lo demás, añade el célebre inventor, hasta el presente no veo que se haya ido mucho más lejos del punto alcanzado por el comandante francés, Renard.»

M. Maxim alude á la célebre ascensión de Meudon por los dos oficiales franceses Renard y Krebs, el 9 de Agosto de 1884. También entonces se creyó el problema resuelto; los ensayos parecían absolutamente concluyentes, ya que el globo fué positivamente dirigido. Aquel globo, de forma especial, provisto de un motor eléctrico, de un hélice y de un timón, se elevó en un tiempo tranquilo á una altura de 30 metros. El hélice fué animado de un movimiento de rotación y el aerostato se dirigió hacia un punto designado de antemano, y aunque la brisa seplaba con una velocidad de cinco metros, la marcha del globo se efectuó contra el viento, lenta al principio, y acelerándose después gradualmente.

Los dos aeronautas desempeñaban funciones diversas: mientras el uno manejaba el timón, el otro mantenía la permanencia de la altura.

Después de haber alcanzado el punto designado de antemano, se trató de volver al punto de partida; vióse entonces al aerostato describir majestuosamente un semicírculo de unos 300 metros de radio, dirigiéndose á su procedencia, descendiendo gradualmente, y tocando en tierra en el punto preciso previamente señalado.

Grande fué el entusiasmo en los círculos científicos, como sucede actualmente después de los experimentos de M. Zeppelin. Sin embargo, el entusiasmo no fué unánime: M. Wilfrid de Fonvielle, el escritor científico tan justamente apreciado, manifestó con empeño que faltaba vencer muchas dificultades y no de las menores. «No sólo, decía, tendrán los aeronautas que conservar el gas, sino que además necesitan preocuparse de los cambios de forma del globo, de las rupturas de equilibrio causadas por la lluvia, el granizo, la acción del sol, la de las nubes, etc.; es preciso que aprendan á ver su dirección en la bóveda celeste, ya que la superficie de la tierra se les ocultará con frecuencia; es indispensable que se garanticen contra los efectos del rayo, tanto más terribles cuanto que puede ser atraído por el movimiento del aerostato ó por los objetos de hierro que necesariamente ha de contener en gran cantidad la navecilla de un globo dirigible.»

¿Quién asegura que no pueden dirigirse la mayor parte de esas observaciones al conde Zeppelin? M. de Fonvielle, no obstante, reconoció de buen grado la importancia del experimento de Renard y Krebs, siquiera porque contribuyó á convencer á la masa vulgar de la posibilidad, si no de la realización presente, de la dirección de los vehículos aéreos. En efecto, aquel experimento demostró á los ignorantes, á los escépticos por sistema, que buscar la dirección de los globos no debe confundirse con la cuadratura del círculo ó el movimiento continuo.

Recordemos que después de la ascensión verificada en Meudon, los hermanos Tissandier emprendieron nuevamente sus experimentos aéreos con un éxito relativo, los cuales promete exceder dentro de poco el aeronauta brasileño Santos-Dumont, concurrente eventual de M. Zeppelin al premio de 200.000 francos, ofrecido por M. Henri Deutsch, del Aero-Club de París.

No terminaré esta crónica sin mencionar un estudio publicado hace ya algún tiempo por M. Laussedat, con el fin de precisar las fases necesarias del programa de la navegación aérea.

Reuniendo y publicando los documentos auténticos que se hallan en los archivos del ministerio de la Guerra, de la Sociedad de navegación aérea, de la Academia de Ciencias, etc., M. Laussedat ha establecido perfectamente que se trata de un invento puramente francés. Entre otros documentos interesantes, ha sacado del olvido dos memorias del general Meusnier, casi ignoradas de la generación presente, conservadas en la escuela de Artillería, donde nadie pensaba en consultarlas. En ellas se encuentra, no obstante, la forma prolongada del aerostato, adoptada por la generalidad de los inventores; el hélice como agente de propulsión, y, por último, la bolsa de aire ó globo pequeño que el general Meusnier destinaba á la importante función de vejiga natatoria ó de motor vertical de abajo arriba, esperando poder dispensarse de abrir la válvula para descender, ó de arrojar lastre para subir, porque bastaba para esto rechazar el aire en la bolsa, ó aspirar aire nuevo por medio de una bomba colocada en la navecilla.

Añádanse al nombre de Meusnier los de Conté y los primeros aeronautas militares de Meudon, y, sobre todo, el de Alcan, que, ya en 1842 envió á la sociedad de Fomento una Memoria notable sobre un proyecto de globo dirigible, de gran volumen y provisto de una poderosa máquina de vapor, y que, por tanto, precedió á los atrevidos ensayos de Giffard.

Sea la que fuere la nacionalidad del que resuelva definitivamente el gran problema, admitiendo que los sabios tengan una nacionalidad, es indudable que Francia podrá reclamar una gran parte de gloria para sus inventores y sus sabios.

TARRIDA DEL MÁRMOL.

PARIS

(Continuación.)

En cuatro generaciones, la sangre vigorosa y ávida de los Duvillard, después de producir tres seres rapaces, degeneraba de golpe, como agotada por la saciedad, en aquel andrógono, en aquel aborto, incapaz hasta de los grandes atentados y de los grandes libertinajes.

Camila, que era demasiado inteligente para no reconocer aquel vacío en su hermano, se chanceaba con él; y le dijo mirándole, muy engalanado con su larga levita de pliegues, resurrección romántica que él exageraba:

—Jacinto, mamá pregunta por ti... Ven á enseñar tu traje; tú sí que serías lindo si te vistieras de muchacha.

Pero Jacinto se esquivó sin contestar, pues temía verdaderamente á su hermana, mayor que él, por más que vivieran en una intimidad de perversas confidencias, diciéndoselo todo, y tratando inútilmente de asombrarse uno á otro. Dirigió una mirada desdeñosa al canastillo maravilloso de las orquídeas, fuera de moda ya, y atravesando entre los lirios, se alejó.

Los dos últimos convidados á quienes se esperaba, llegaron casi juntos. El prime-

ro fué el juez de instrucción, Amadiou, amigo íntimo de la casa, hombrecillo de cuarenta y cinco años que acababa de darse á conocer á causa de un reciente asunto anarquista. Tenía la cara aplanada y regular del magistrado, con grandes patillas rubias que él procuraba mantener puntiagudas, y llevaba un lente, tras el cual brillaba su ojo. Por lo demás, muy mundano; era de la nueva escuela, sicólogo distinguido, autor de un libro en contestación á los abusos de la fisiología criminalista, hombre de ambición tenaz, amante de la publicidad, y acechando siempre la ocasión de encargarse de los asuntos ruidosos que dan gloria. Por fin se presentó el general Bozonnet, tío materno de Gerardo, un anciano alto y seco, de nariz aguileña á quien sus reumatismos habían obligado últimamente á pedir su retiro. Ascendido á coronel después de la guerra, en recompensa de su valerosa conducta en Saint-Privat, había conservado á Napoleón III la fe jurada, á pesar de sus profundas simpatías monárquicas; y se le dispensaba entre sus relaciones aquella especie de bonapartismo militar, á causa de la amargura con que acusaba á la república de haber matado el ejército. Como buen hombre, que adoraba á su hermana, la señora de Quinsac, parecía obedecer sobre todo á un secreto deseo de ésta, aceptando las invitaciones de la baronesa, como para hacer más natural y dispensable la continua presencia de Gerardo en su casa.

Sin embargo, el barón y Duthil volvían del gabinete, riendo muy alto y de una manera exagerada, sin duda á fin de hacer creer en la completa libertad de su espíritu; y entonces se pasó al comedor, donde ardía un gran fuego, cuyas llamas alegres brillaban como un rayo de primavera en medio de los ricos muebles ingleses de caoba clara, cargados de vajilla de plata y de cristalería. La habitación, de un delicado color verde musgo, tenía un encanto discreto á la pálida luz del día; y la mesa, en el centro, con la riqueza de sus cubiertos y la blancura de su mantel, adornado con encaje de Venecia, parecía haber florecido milagrosamente, presentando todo un conjunto de grandes rosas, y de las más admirables flores de la estación, de un perfume delicioso.

La baronesa hizo sentar al general á su derecha, y Amadiou á su izquierda; y el barón señaló á Duthil y á Gerardo sus puestos en el mismo orden respectivamente. Después los hijos se colocaron en ambas extremidades, Camila entre Gerardo y el general; Jacinto, entre Duthil y Amadiou. Y seguidamente, desde que se sirvieron los huevos con trufas, la conversación se trabó, familiar y alegre, esa conversación de los almuerzos de París, donde se refieren los acontecimientos grandes y pequeños de la víspera y de la mañana, las verdades y las mentiras de todo el mundo, el escándalo financiero, la aventura política, la novela publicada, el estreno de la producción teatral, y las historias que, no debiendo decirse sino al oído, se cuentan en alta voz. Y bajo la ligereza y los chistes de unos y otros, bajo las risas que con frecuencia son falsas, cada cual calla sus enojos, ocultando quizás un abatimiento que á veces raya en agonía.

Valerosamente, y con su tranquila impudencia habitual, el barón fué el primero en hablar refiriéndose al artículo de *La Voz del Pueblo*.

—Digan ustedes, preguntó, ¿han leído el artículo de Sagnier esta mañana? ¡Es uno de los buenos que ha escrito, y tiene chispa; pero qué loco tan peligroso!

Esto satisfizo á todos, porque el artículo hubiera pasado por alto, seguramente durante el almuerzo, si nadie hubiera dicho una palabra.

—¡Otra vez comienza lo de Panamá!—exclamó Duthil.—¡Ah! ya tenemos bastante

—¡El asunto de los Caminos de hierro africanos—replicó el barón—es claro como el agua pura! Todos aquellos á quienes Sagnier amenaza, pueden dormir bien tranqui

los... No; es ese un golpe para hacer salir á Barroux del ministerio. Muy pronto se le hará una interpelación; ya verán ustedes qué ruido.

—Esa prensa difamatoria y de escándalo—dijo tranquilamente Amadieu—es un disolvente que acabará con Francia. Se necesitarían leyes.

El general hizo un ademán de cólera.

—¿De qué sirven las leyes si no hay valor para aplicarlas?

Siguióse una pausa: con paso discreto, el mayordomo presentaba unos salmonetes asados. El servicio silencioso en la suave atmósfera de la habitación, tibia y embalsamada, no permitía ni siquiera oír el rumor de la vajilla; y sin que se supiese cómo, la conversación había cambiado bruscamente. Una voz preguntó:

—¿Conque se ha aplazado la reproducción de la nueva pieza?

—Sí—contestó Gerardo—, he sabido esta mañana que *Poliuto* no se pondría en escena antes de Abril, lo más pronto.

Camila, muda hasta entonces, ocupada del joven, y esforzándose por reconquistarle, miró á su padre y á su madre con ojos brillantes. Se trataba de la reproducción en que Silviana tenía empeño en debutar; pero el barón y la baronesa conservaron la más perfecta serenidad, no teniendo nada que ignorar uno de otro hacía largo tiempo. ¡Eva era tan feliz por la cita obtenida para aquella tarde! No pensaba en ninguna otra cosa; tenía la imaginación allí, en el nido de amor, y sonreía á sus convidados sin echarlo de ver; mientras que el barón, pensando tan sólo en el nuevo y ruidoso paso que pensaba dar en el palacio de Bellas Artes para obtener por fuerza el cumplimiento del compromiso contraído, se limitó á decir:

—¿Cómo quieren ustedes que mejoren las representaciones en la Comedia, si no tienen mujeres?

—¡Oh!—repuso la baronesa sencillamente—ayer, en el Vaudeville, Delfina Vignot llevaba un traje exquisito. No hay como ella para saber vestir.

Entonces, Duthil refirió, modificándola un poco, por consideración á Camila, la aventura de Delfina con un senador bien conocido. Después se habló de otro escándalo, de la muerte de una amiga de la casa, ocasionada demasiado brutalmente por un cirujano, asunto que había estado á punto de caer en manos de Amadieu; y el general se aprovechó, sin transición, para manifestar su amargura contra la organización imbecil del ejército actual: esta era su salida acostumbrada. El Burdeos añejo dejaba como una sangre encarnada en el fino cristal de los vasos, y un solomillo de corzo con trufas acababa de mezclar su fragancia un poco acre con el perfume de las rosas moribundas, cuando de pronto aparecieron los espárragos, delicadeza tan rara en otro tiempo, y que ya no extrañaba á nadie.

—Ahora—dijo el barón con expresión desdeñosa—de todo hay en el invierno.

—¿Y será esta tarde—preguntaba en el mismo instante Gerardo—la reunión de la princesa de Harn?

—Camila intervino vivamente. —Sí, esta tarde. ¿Irá usted?

—Me parece que no; no podré—contestó el joven algo molesto.

—¡Ah! esa princesita—exclamó Duthil—está decididamente loca. No ignoran ustedes que se hace pasar por viuda, y según parece, lo cierto es que su esposo, verdadero príncipe, emparentado con una familia real, y hermoso como un sol, viaja por el mundo con una cantatriz. Con su atolondramiento de pillete vicioso, la dama ha preferido venir á reinar en nuestra ciudad, en ese palacio de la avenida Hoche, que es el arca más extraordinaria, donde pulula el cosmopolitismo más extravagante.

—Cállese usted, mala lengua—interrumpió con dulzura la baronesa—; aquí queremos mucho á Rosamunda, que es una mujer encantadora.

—Pero ciertamente—repuso de nuevo Camila—ella nos ha invitado, é iremos á su casa. ¿No es verdad, mamá?

La baronesa, para no contestar, aparentó no haber oído; mientras que Duthil, muy bien informado al parecer, seguía hablando de la princesa y de la reunión que daba, en la cual se presentarían bailarinas españolas á ejecutar una mímica tan lasciva, que todo París, advertido ya, invadiría la casa.

—Ya sabrán ustedes—añadió Duthil—que ha dejado la pintura, y que ahora se ocupa de la química. Su salón está ahora lleno de anarquistas... Me ha parecido que le perseguía á usted, querido Jacinto.

El interpelado no había dicho ni una palabra hasta entonces, como si no le interesase nada de lo que oía.

—¡Oh! me trastorna—se dignó contestar al fin. Si voy á su reunión, es con la esperanza de encontrar á mi amigo el joven lord Elliot, que me ha escrito desde Londres para citarme allí. Confieso que es el único salón donde encuentro con quien hablar.

—¿Es decir—preguntó irónicamente Amadieu—que se ha pasado usted á la anarquía?

Imperturbable, con su ostentosa elegancia, Jacinto hizo su profesión de fe.

—Pero caballero—dijo—me parece que en estos tiempos de bajeza y de ignominia universales, el hombre de alguna distinción no puede menos de ser anarquista.

Todos se sonrieron: se le mimaba mucho; considerábanle como hombre muy singular; su padre, sobre todo, le divertía la idea de tener un hijo anarquista. El general, que estaba en una de sus horas de rencor, habló de organizar una sociedad bastante estúpida para dejarse dirigir por cuatro pilletes; y solamente el juez de instrucción, que estaba en camino de llegar á ser una especialidad en los asuntos anarquistas, le hizo frente, defendiendo la civilización amenazada, y dando detalles terroríficos sobre lo que él había llamado ejército de la devastación y de la matanza. Pero los otros convidados sonreían siempre, comiendo de un pastel de hígados de ánade, verdaderamente delicioso, que el mayordomo acababa de servir. Había mucha miseria; era preciso comprenderlo todo; y al fin se arreglarían las cosas. El mismo barón dijo, con tono conciliador:

—Es muy cierto que se podría hacer alguna cosa, aunque nadie sabe qué á punto fijo.

¡Oh! Yo acepto de antemano las reivindicaciones juiciosas, por ejemplo, mejorar la condición del obrero, y hacer buenas obras, como nuestro Asilo de los inválidos del trabajo, del cual tenemos motivo para estar orgullosos; pero es preciso que no nos pidan lo imposible.

Al servirse los postres, hubo un instante de brusco silencio, como si en el rumor de las conversaciones, bajo el aturdimiento producido por el abundante almuerzo, la preocupación y la miseria de cada cual oprimiese de nuevo los corazones, manifestándose en las caras de expresión ansiosa, y se vió renacer la inconsciencia inquieta de Duthil, amenazada de la delación; y la cólera inquieta del barón, preguntándose cómo le sería posible contentar á Silviana. Aquella joven era su pesadilla, de él, tan fuerte y poderoso; era el mal secreto que acabaría tal vez por corroerle y destruirle, y se puede formar idea de esto sobre todo por la expresión del rostro de la baronesa, el de Camila y el de Gerardo, en los cuales se revelaba esa rivalidad rencorosa de la madre y de la hija, disputándose el hombre que aman. Las hojas de plata sobredorada pela-

ban delicadamente las frutas; había allí racimos de doradas uvas, admirables por lo frescas; y siguiéronse pastelillos y dulces, una infinidad de golosinas con que se entretenían complacientes los que ya estaban hartos.

De pronto entró un criado, y acercándose á la baronesa, pronunció algunas palabras á media voz.

—Pues bien—contestó la dama—, introdúzcale usted en el salón.

Es el señor abate Froment, que está ahí, é insiste en ser recibido; pero no nos molestará; creo que casi todos ustedes le conocen. ¡Oh! es un verdadero santo, que me inspira mucha simpatía.

Durante algunos minutos permanecieron todos alrededor de la mesa y al fin salieron del comedor, donde se percibían los olores de los manjares, de los frutos y de las rosas, así como también el calor de los grandes leños reducidos ya á brasas.

En medio del saloncito azul y plata, Pedro había permanecido de pie, y ahora se arrepentía de haber insistido al ver sobre una mesa la bandeja en que se acababan de servir el café y los licores. Su confusión aumentó cuando los convidados entraron un poco ruidosamente, brillantes los ojos y sonrosadas las mejillas; pero su llama de caridad se había encendido de nuevo en él tan ardiente, que dominó su inquietud. Tan sólo sintió el malestar que le producía llevar consigo la espantosa imagen de la miseria, de la necesidad, del hambre y del frío, en aquella riqueza tan ostentosa, tan tibia y perfumada, donde parecía desbordarse lo inútil y lo superfluo, en medio de aquella gente tan satisfecha de haber almorzado bien.

La baronesa se adelantó al punto con Gerardo, pues por mediación de éste, á cuya madre conocía, el sacerdote había sido presentado á los Duvillard en la época de la famosa conversión; y como el abate se excusara de haberse presentado á semejante hora, la baronesa le contestó:

—Siempre será usted bienvenido, señor abate... Permitame atender á mis huéspedes; soy con usted al instante.

Y la baronesa se dirigió hacia la bandeja para servir el café y los licores, ayudada de su hija; mientras que Gerardo se quedó hablando con Pedro acerca del Asilo de los inválidos del trabajo, donde los dos se habían encontrado últimamente con motivo de una ceremonia, cual fué la de poner la primera piedra de un nuevo pabellón que se construía, gracias al cuantioso donativo de cien mil francos hecho por el barón Duvillard. La obra no contaba aún más que cuatro, y según el proyecto primitivo, debía haber doce en el vasto terreno cedido por el Ayuntamiento en la península de Grennevilliers; de modo que la suscripción continuaba abierta, y se hablaba mucho de aquel esfuerzo de caridad, contestación ruidosa y perentoria á los que acusaban á la clase media, harta ya de no hacer nada por los trabajadores. La verdad era que una soberbia capilla, erigida en medio del terreno, había absorbido las dos terceras partes de los fondos reunidos. Las damas del patronato, pertenecientes á todas las sociedades, la señora baronesa Duvillard, la condesa de Quinsac, la princesa Rosamunda de Harn, y otras veinte, tenían el encargo de mantener viva la obra con ayuda de las cuestaciones y de las ventas de caridad; pero el éxito provenía sobre todo de la feliz idea de dispensar á dichas señoras de los graves cuidados de la organización, eligiendo para administrador general al redactor en jefe del *Globo*, el diputado Fonsegue, prodigioso agente de negocios. Y el *Globo* hacía una propaganda continua, contestaba á los ataques de los revolucionarios por la inagotable caridad de las clases directoras; y en las últimas elecciones, la obra había servido así de arma electoral triunfante.

Camila se paseaba llevando en la mano una tacita de café, humeante aún.

—¿No toma usted café, señor abate?

—No, gracias, señorita.

—¿Pues una copita de licor?

—No, gracias.

Y como todos estaban servidos ya, la baronesa volvió para preguntar afablemente:

—Veamos, señor abate, ¿qué desea usted de mí?

—Pedro comenzó casi en voz baja, con la garganta oprimida, poseído de una emoción que le agitaba profundamente.

—Vengo, señora—contestó—á impetrar su gran bondad.

He visto esta mañana, en una espantosa casa de la calle de los Sauces, detrás de Montmartre, un espectáculo que me ha trastornado el alma... No podría usted imaginar semejante casa de miseria y de sufrimiento; las familias sin fuego y sin pan, los hombres reducidos á la huelga, las madres sin leche para las criaturas, los niños desnudos casi, tosiendo y tiritando... Y entre tantos horrores he visto lo peor, lo más abominable de todo, un anciano obrero agobiado por la edad, muriéndose de hambre, tendido sobre un montón de harapos en un rincón que ni un perro hubiera querido.

EMILIO ZOLA.

(Se continuará.)

(Es propiedad de la casa editorial Maucci, de Barcelona.)

SECCION LIBRE

Los falsos protectores de la humanidad.

Completa sería la felicidad de la especie humana si la protección que dicen recibe de algunos seres reales ó ideales, no fuera una burla sangrienta, ó vanas quimeras que quieren que parezcan realidades muchos ilusos habladores.

Hay un padre supremo de los seres y de las cosas, dicen, adornado de soberanos atributos, de infinitas perfecciones, cuyo inmenso cariño á las criaturas hace que las disponga y ordene á sus respectivos fines.

Otros ensalzan una fecunda y amorosa madre común, dotada de belleza absoluta y de bondad sin límites, en cuyas obras resplandece la más perfecta lógica.

Y como si no tuviéramos bastante para nuestra dicha con unos padres perfectísimos, alaban algunos malvados la *excelente y caritativa* organización social, dirigida para el bien de todos, por lo cual, según ellos, es merecedor de crueles castigos el que atente contra una obra tan digna de respeto.

Sin embargo, como argumento incontestable para confundir tanta falsedad, vemos á los hombres gemir tristemente en medio de las sombras y negruras de nuestra pobre vida, sujetos á mil fatigas, víctimas de horrible fatalidad y de cruel injusticia.

*
* *

La ignorancia primitiva, explotada por el egoísmo, inventó un ser extraordinario con el que trataba de explicarse lo desconocido, y lo revistió de atributos conforme á

las diversas exigencias de la vida humana; era el mismo hombre que engrandecía hasta sus debilidades.

Concediendo, por un momento, que fuera real la existencia de aquel ser, ¿qué beneficios ha recibido la humanidad con tener un padre todopoderoso?

Tan extraño desvarío, engendrado por el pensamiento en su estado morbosos, ha servido para que, en su nombre, se cometan las más horribles iniquidades; la historia del hombre nos prueba su triste desamparo; la tierra pudiera anegarse con la sangre y las lágrimas que en ella se ha derramado y la maldad se enseñorea sobre nuestro planeta.

La creencia en un Dios es muy peligrosa para el hombre, porque confiado en una protección imaginaria, no piensa en hallar el origen de sus males y ponerles el remedio posible.

¡No decirme, viles explotadores, que aquel ser es nuestro consuelo, que el origen del mal fué la desobediencia del hombre y que el reinado de la justicia no es de este mundo, porque no queremos vivir de necias ilusiones y de engaños que nos encadenan y hacen más triste nuestra mísera existencia!

Ni sirve aquella idea para consolar al hombre: cuando entregado éste á la profunda melancolía de sus pensamientos al vislumbra en dolorosa penumbra la amenazadora é inexorable mano del infortunio que no deja de golpearle; al sentir en un momento de suprema angustia que se desmorona y se hunde estenuado y desfallecido por los esfuerzos y los sufrimientos, fija su vista, lleno de esperanza, en la inmensidad del espacio buscando ¡triste visionario! un padre amoroso que seque sus lágrimas y serene los sombríos horizontes que le oprimen; y en vano clama, convenciéndose con amargura que sus ruegos se pierden en el insondable y espantoso vacío.

No faltan imbéciles que afirmen que los ateos pensamos movidos por un interés personal, cuando la idea de la divinidad se ha desvanecido principalmente en nuestra inteligencia, como las sombras de la noche se extinguen con la salida del sol, viendo perecer la inocencia y reinar la maldad en la tierra.

Estamos convencidos que si existiera un padre todopoderoso y justo, no estaría el mundo tan mal organizado; pero ya que no tenemos tal protector, el fin de nuestra vida debe ser practicar la justicia, sin ningún género de contemplaciones y miramientos.

* * *

Todo lo debemos indudablemente á la Naturaleza; pero hubiéramos ganado mucho no recibiendo la mayor parte de sus dones; y si todo procede de ella, los defectos humanos le son inherentes, perdiendo lastimosamente el tiempo aquellos que tratan de buscar el origen del mal en otras causas.

Soy muy entusiasta de sus bellezas; pero ¿quién no concibe algo más perfecto? Aun concediéndole una belleza suprema, todo el brillo del universo lo empaña el sufrimiento de los hombres.

¿Qué son las estrellas, sus obras quizás más perfectas, sino antorchas funerarias que alumbran millones de oscuros y tristes planetas, mansiones del dolor?

La tierra, como ha dicho muy acertadamente Humboldt, está lejos de ser un mundo favorablemente constituido para la existencia humana; las especies se rigen por pésimas leyes, y el hombre más criminal no hubiera inventado nada tan horrible; las sombrías creaciones del Dante, cuando describe en su *Divina Comedia* los tormentos de los condenados, resultan alegres ante la realidad de la vida, en la cual todos los seres luchan encarnizadamente por la existencia, devorándose unos á otros;

esta lucha ha engendrado á los explotadores y borra de la vida, por la miseria ó por la guerra, los individuos más dignos de perpetuarse.

No dudo que las leyes de la Naturaleza son inflexibles é inmutables; pero también son injustas y feroces; el hombre es su triste víctima, puesto que ella se muestra indiferente por el bien ó por el mal.

Todos los seres del universo, desde el protoplasma, que es la base de la vida orgánica, hasta las agrupaciones siderales, que aparecen en la inmensidad del espacio, cual jirones de nieblas luminosas, encerrando en su seno millones de soles que dan vida á infinidad de mundos semejantes al nuestro, todo está sujeto á una ley inflexible, á una continua transformación que comienza en lo rudimentario, llega á su apogeo y desde este punto decae para empezar de nuevo la eterna evolución, círculo fatal en que giran todas las cosas.

Do quiera que volvemos los ojos percibimos tan inicua ley, en virtud de la cual se convierten las galas de la vida en polvo vil á los rudos golpes de la muerte, y con fríos é inanimados restos se alimenta la hoguera de la vida.

La materia se agrupa y forma un astro luminoso, cuyos fulgores se apagan lentamente al hálito de los siglos, que le envuelven en las sombras como en un sudario, hasta que una causa le convierte en fragmentos cósmicos de los que ha de surgir nuevamente la vida.

El carbono, el hidrógeno, el oxígeno y el ázoe se hallan en todas las brillantes manifestaciones de la vida, en todos los oscuros despojos de la muerte.

Estudiando nuestro sistema planetario contemplamos el principio de los mundos en el sol; la plenitud de la vida en la tierra y la decadencia fatal en la luna; por inducción podemos saber el fin que espera á nuestro planeta.

La humanidad está sujeta á dicha ley evolutiva: semejante al astro del día que nace ante nuestros ojos disipando las sombras, asciende, lleno de luz, en el espacio y desaparece, volviendo á reinar las tinieblas; así el hombre viene á la vida envuelto en densa obscuridad, que lentamente se va iluminando, se elevará á su posible perfección y en el transcurso de los siglos, cuando la tierra haya recorrido su camino fatal, la humanidad se apagará también en el hielo de la muerte.

Toda la luz del universo no es sino sombra comparada con la inteligencia, que es la esencia de la vida. Ni la inmensidad del espacio, ni la eternidad del tiempo, igualan en grandeza á los atributos de los seres racionales, cualidades que aparecieron en el hombre después de una lenta evolución.

Aquella perfección de los tiempos prehistóricos, aquella edad de oro llena de goces infinitos, se desvanece ante la ciencia, que nos presenta al hombre primitivo como un ser rudo, feroz, en continua lucha, ya entre sí, ya con los rigores de la Naturaleza que es madrastra muchas veces.

¡Cuánto ha luchado el hombre para arrancar á la Naturaleza el conocimiento de algunas de sus leyes y para aclarar la dolorosa penumbra en que se desenvuelve!

Pero cuando hagamos la deseada revolución social, ¿habrá llegado el fin que perseguimos? Creemos que no, porque siempre verá el hombre un más allá en sus deseos; sin embargo, el bienestar del hombre llegará necesariamente á un límite indefinido y ya lenta, ya bruscamente, todo el penoso trabajo humano, la ciencia y la virtud de los sabios, la sangre de los mártires, las angustias de los oprimidos, todo desaparecerá siguiendo la materia su eterna transformación; y en el transcurso de los siglos volverá á crear nuevos seres orgánicos y á desarrollarse la espantosa tragedia de la vida.

El hombre, como ser racional, es superior á todo lo que le rodea, y debe amar siempre un ideal justo, aunque una absurda ley destruya temporalmente sus nobles esfuerzos.

* * *

Desamparados los hombres y abrumados por las penalidades, sería natural que se unieran para ayudarse mutuamente; pero lejos de suceder así, la organización social es una infame emboscada, en la que los fuertes se alimentan con la sangre de la debilidad oprimida; la propiedad individual, la miseria y la ignorancia, han sido sus frutos malditos.

La abyecta sociedad actual es una horda malvada é hipócrita, llena de errores y de vicios hediondos, donde viven crucificadas la verdad y la justicia.

La tierra, que debiera llamarse Caín, está convertida en un manicomio por causa del odio y del cruel egoísmo que entraña la organización social; los errores más absurdos pasan por verdades; los menos explotan á los más, triunfando el holgazán mientras perece en la miseria el trabajador.

Tanta iniquidad priva á la inteligencia de la calma necesaria para discurrir serenamente, sugeriéndonos amargas reflexiones.

* * *

Ya que con tantos falsos protectores vivimos crucificados, luchemos incansablemente por nuestra redención; aplastemos la propiedad individual, ese monstruo engendrado por el más feroz egoísmo, y desaparecerán la mayor parte de los delitos; y aunque no hubiera otra cosa agradable en la vida, ¿qué mayor placer que luchar siempre por la verdad y la justicia?

VALLINA.

EL SER HUMANO, ¿TIENE ALMA?

III

Según se deduce de lo que llevamos dicho, se ve que la facultad de pensar es una *propiedad*, un atributo de lo que los metafísicos han dado en llamar «funciones anímicas», y que yo llamo funciones de la inteligencia, ó con más propiedad, *resultados del normal movimiento cerebral*.

Con la palabra *inteligencia* expresamos la mayor ó menor suma de ciertas facultades siempre unidas á una determinada forma de existencia. Hállase manifestada la inteligencia en todo cuanto representa organización, y, según ésta, son más ó menos limitadas las facultades intelectuales, ó lo que es lo mismo, la inteligencia.

Pero ya creo oír á los mal avenidos con estas teorías, á los *creyentes*, á los metafísicos, á los ortodoxos en fin, cómo dicen: «que mi alma tiene una existencia independiente por su cualitativa condición de inmaterial é inmortal»; objeción que rechazo y ante la cual se me ocurre preguntar: Si es como vosotros afirmáis *inmaterial*, y como tal *indivisible*, ¿cómo me explicaréis el fenómeno de que estando un individuo en el pleno uso de sus facultades intelectuales, por causa de una más ó menos grave contusión que recibe en la cabeza pierde los *sentidos*, esto es, disminuyen en mayor ó menor grado las facultades intelectuales? ¿Es que la materia que produjo la contusión al chocar con la cabeza del individuo, es más poderosa que su alma inmaterial, y capaz de *dividir* lo espiritual é *indivisible*?

Pero hay más aún. Si un sujeto al que todos atribuyen un *alma generosa*, por sus actos en extremo filántropos, y al que se le conoce una inteligencia privilegiada, recibe en la cabeza un golpe de palo, piedra ó el de una bala de plomo que fracture su cráneo, y presionando sobre el cerebro desorganiza su organización cerebral y le paraliza las funciones del pensamiento, por cuya causa—siempre material—disminuyen ó dejan de actuar en aquella cabeza las funciones que presiden á la inteligencia, ¿á qué atribuiremos el fenómeno? Hemos de reconocer—á menos que nos empeñemos en negar la evidencia—que al leve contacto de la *materia* con el espíritu *inmaterial*, éste ha cedido el puesto á aquélla. Reconocimiento que nos conduce como de la mano á afirmar que, siendo la inteligencia, facultades intelectuales, funciones anímicas, ó como queráis llamarle, el resultado necesario de cierta condición de la existencia organizada, esta inteligencia, estas facultades intelectuales, disminuyen en el preciso momento en que se destruye esa «cierta condición», en el momento en que se desorganiza esa organización, en el momento, en fin, que se divide la materia.

Pero siguiendo el curso de esos razonamientos, nos dirán los ortodoxos, reducís al hombre al bajo nivel de la bestia. ¿Y por qué no?

Supongamos que nos hallamos al borde de un precipicio, y que no lejos de nosotros vemos á un ser completamente desarrollado y que posee en un todo la figura física del hombre, pero que este desgraciado ser *es idiota nato*; un hombre, sí, pero un hombre que no puede—aunque quisiera—pensar y obrar como los demás hombres.

Al lado de este desgraciado ser hay un niño pequeñito jugueteando, afición de todos los de su infantil edad, y el *idiota*, de grandes propensiones destructoras, coge al cándido é inocente niño por mitad del cuerpo, y lo lanza al fondo de aquel insondable precipicio, tras de cuyo acto se queda accionando y gesticulando mientras el inocente niño deja de existir.

Todo esto realizado ante nuestra vista, y tras la profunda y dolorosa impresión que tan bárbaro acto nos ha producido, observemos con detención al idiota, al *autor*, y le veremos alegre y satisfecho, enseñándonos el sitio donde yace el cadáver de la infeliz criatura.

¿Qué decís á esto, ortodoxos? ¿Qué explicación daréis á este caso, vosotros, psicólogos y metafísicos? ¿Diréis acaso que el que tal acto realizó no tiene alma? Si esto decís, os preguntaré: ¿Cómo lo sabéis? ¿En qué os fundáis, cómo deducís, y cómo probaréis que el alma no empezó á formarse con la formación del cerebro del individuo? Y, por último, si es preexistente, ¿en qué estado vino?

Según Wundt, Büchner, Liebig y otros que con sus vastos conocimientos nos han descrito los períodos y formas por que pasa el cerebro hasta afectar la del cerebro humano, éste en el segundo mes del *feto* corresponde al de los *peces óseos*; en el tercer mes encontramos que el cerebro corresponde al de una *tortuga*; en el cuarto al de un *pájaro*; en el quinto al orden de los *roedores*; en el sexto al de los *rumiantes*; en el séptimo al de los *degitigrados*; en el octavo al de los *cuadrumanos*, y hasta el noveno no tiene el cerebro de la criatura un completo carácter humano.

Ahora bien, si durante el decurso de esos nueve meses ó períodos se hubiese detenido el desarrollo de la criatura, ¿tendría alma en este momento? En caso afirmativo, ¿tienen alma los peces, tortugas, etc., etc.? Si me decís que entonces la criatura no tiene *alma*, os volveré á preguntar. ¿Por qué no la tiene? Y si en alguno de los períodos arriba mencionados, hubiese tenido lugar el nacimiento, ¿la criatura nacida así, prematuramente, hubiera tenido alma? Y si afirmáis que sí, ¿os será dable decir en

cuál de los antedichos períodos vino el *alma* á incorporarse á la criatura? ¿En el momento de venir á la vida? ¿Al aspirar por primera vez el vivificador elemento?... Y si el fenómeno se verifica así, ¿cómo y por qué al nacer la criatura apenas puede ver, no puede pensar ni hablar? ¿Qué explicación que pueda ser aceptable daréis vosotros, ortodoxos y metafísicos, al fenómeno que se presenta cuando una criatura viene á la vida y no puede darse cuenta de cuanto á su alrededor pasa, y en ella misma, á pesar de contener en sí—según nuestra teoría—un *alma* entera y absolutamente igual que cuando llega á la edad madura? Y digo «absolutamente igual» porque, aunque sea contra vuestra voluntad, habéis de reconocer conmigo que *el alma del recién nacido es absolutamente igual que la del hombre viril y que la del caduco*, por carecer el *espíritu inmaterial* de las propiedades de *divisibilidad y elasticidad* inherentes sólo á los cuerpos materiales, á la *materia*. Prosigamos.

¿Qué argumentación, que sea lógica, aduciréis en pro de vuestras afirmaciones, y como partidarios de la *inmortalidad, inmaterialidad é indivisibilidad* del alma espíritu, ante los cerebros de Franklin, Víctor Hugo, Darwin, Proudhon y otros, que al nacer y en los primeros años de su vida, apenas si tenían conocimiento de lo que eran, y después de cierto número de años transcurridos, se han elevado sobre el nivel de sus semejantes, y dado al mundo inequívocas pruebas de su potencia intelectual?

¿No es esta una afirmación contundente é inconcusa dada por la Naturaleza de que el *espíritu alma*—ó inteligencia, como la llamo yo—de aquellos seres, fué susceptible de aumento como lo podía haber sido de disminución? Sí, lo es, y evidentísima.

Cuanto constituye y rodea á los seres es *materia* y sólo *materia*, y la actividad de lo que muchos llaman *alma*, no es otra cosa que «una función de la substancia cerebral».

Si después de lo expuesto no hemos conseguido llevar al ánimo de nuestros impugnadores el convencimiento de estas sencillas verdades, preciso será aducir por nuestra parte alguna prueba que afiance más y más nuestras afirmaciones; esto es, que demuestre que el *alma* no tiene la *inmaterialidad* que se le atribuye, sino que, por el contrario, es *toda materia*.

En un punto cualquiera de la católica España, en Cartagena, por ejemplo, nace un niño, y este ser, este niño, como el resto de los españoles, tiene *alma*; pero se da el caso que cuando el niño cuenta apenas un año de existencia, sus padres determinan hacer un viaje al Archipiélago filipino, y se embarcan llevando al niño consigo. Cuando ya habían transcurrido algunos días, un repentino cambio de temperatura y una tempestuosa nube que se cernía sobre el buque, avisó á los que á bordo del mismo viajaban que se hallaban amenazados de un inminente peligro. En vano el capitán daba desde el puente sus acertadas y enérgicas órdenes. El barco principió á bambolearse; las embravecidas olas tomaron posesión de la cubierta, y bien pronto una inmensa mole de madera y hierro se sumergió en el fondo de aquel proceloso y terrible mar...

CONSTANCIO ROMEO.

(Continuará.)





TRIBUNA DEL OBRERO



LO QUE ES LA IDEA LIBERTARIA

Varios trabajadores de la federación malagueña me piden les explique lo que es la idea libertaria, á lo cual estoy pronto á satisfacer sus deseos. La idea libertaria, compañeros, es la idea anarquista.

Y los anarquistas somos también ciudadanos que en el siglo de las *luces*, en el cual se predica por todas partes la libertad de pensamiento hemos creído deber tomar por divisa la libertad ilimitada.

Sí, compañeros; somos en el mundo algunos millares, tal vez millones, de trabajadores que reivindicamos la libertad absoluta, nada más que la libertad, ¡toda la libertad!

Queremos la libertad. Quiere decir que reclamamos para todos los seres humanos el derecho de hacer todo lo que les plazca, de satisfacer íntegramente todas sus necesidades, sin otros límites que la imposibilidad natural y las necesidades del vecino, igualmente respetables.

Queremos la libertad, y creemos su existencia incompatible con la existencia de un poder, sea cual fuere y sean cuales fueren su origen, su forma, ya electo ó impuesto, monárquico, republicano ó socialista, que se inspire en el derecho divino ó en el derecho popular, en el santo embudo ó en el sufragio universal.

Porque la historia, la experiencia y los desengaños, aconsejan que todos los gobiernos se asemejan y se equivalen. Los mejores son los peores. Si cinismo en los unos, hipocresía en los otros. En el fondo son siempre los mismos sistemas, la misma intolerancia.

Ni siquiera uno, hasta el más radical, que no tenga en reserva, bajo el polvo de los arsenales legislativos, alguna risueña y pequeña ley sobre las ideas libertarias para uso de la incómoda oposición. En otros términos: el mal á los ojos de los anarquistas no reside en tal ó cual forma de gobierno, sino que reside en la idea gubernativa de sí misma, en el principio de autoridad.

En suma: nuestro ideal es la substitución en las relaciones humanas del libre contrato, perpetuamente revisable á la tutela administrativa y legal, á la disciplina impuesta.

Los anarquistas, pues, nos proponemos enseñar al pueblo á pasarse sin gobierno, como ya hace tiempo que principió á pasarse sin Dios.

Así el obrero aprenderá á sublevarse contra el propietario, ya que el peor de los tiranos no es el que nos persigue y encarcela, sino el que nos reduce al hambre y á la miseria, no el que nos ahorca y nos guillotina, sino el que nos debilita el estómago. Nada de libertad sin igualdad. No pretendemos libertad en una sociedad donde el capital es un monopolio que se restringe todos los días en manos de una minoría, y

en donde nada hay igualmente repartido, ni siquiera la educación pública, pagada, no obstante, con el dinero de todos. Nosotros creemos que el capital, patrimonio común de la humanidad, siendo el fruto de las generaciones pasadas y de las presentes, debe estar á disposición de todos, de manera que ninguno sea excluido y que nadie pueda retener ni una mínima parte en detrimento de los demás.

Nosotros queremos la igualdad, la igualdad de hecho como corolario; más bien dicho, como condición primera de la libertad. De cada uno, según sus facultades; á cada uno, según sus necesidades; he ahí lo que queremos sincera y enérgicamente; he ahí lo que será; porque no hay prescripción que pueda prevalecer contra las reivindicaciones legítimas y al mismo tiempo necesarias.

¡Qué somos los destructores de la familia! Nosotros queremos pan, alimento, vestido, casa habitable y no pocilgas, para todos por igual, como para todos libertad, igualdad y justicia.

Ya tienen los compañeros explicado lo que yo entiendo por idea libertaria; yo quedaré muy satisfecho si otro lo interpreta mejor.

JOSÉ CLARÓS.

LOS ENEMIGOS DE LA RAZÓN

I

Son muchos; si bien la fe es el más temible, hay individuos que no tienen fe ni razón; este hecho innegable, que hoy más que nunca se manifiesta de mil distintas maneras, prueba que tienen la razón otros enemigos sin la fe; ¿que estos emanen de la sugestión que hacia tal ó cual interés les atraen, ó bien son hijos de las decepciones que han recibido de la misma fe? Sean; lo que sé es que se manifiestan despojados de la fe, y que dominados por sus vicios, torpezas y egoísmos, conscientes ó inconscientes, van construyendo barricadas y llenándolas de ametralladoras para asesinar vilmente, si no á la razón, porque no pueden, á quien en su nombre se atreve á darles los buenos días, esto es, al que intente presentar la verdad desnuda, donde ellos únicamente pueden aceptar el nombre con el fin de ocultar su crimen, su cobardía y monstruosa honradez.

El número de esos monstruos sueltos sin fe ni razón es tan grande, que suma ya mayor cantidad que la misma fe. El germen engendradora de tales víboras se deja entrever en la teoría del padre Segundo *Franco*, hábil escritor del Vaticano; éste, no tan solamente aconseja, sino que anatematiza muy intencionadamente á grandes y pequeños, y especialmente á todo emperador, rey, príncipe y adinerado que no finja una ciega sumisión al romano Papa; el padre Segundo *Franco* absuelve el que uno no tenga fe; pero no perdona la franqueza del que no sabe ó no puede fingir tenerla.

Si salimos del Vaticano y recorremos todo el orden de ideas religiosas, políticas y sociales que se disputan el derecho de dirigir la vida humana, en cada programa (ó en cada una de esas verdades relativas), encontraremos varios maestros de la misma naturaleza del padre Segundo *Franco*, y de aquí emana la evasiva vulgar, imbécil, anti-religiosa y antirracional que tan frecuentemente hiere nuestro oído, para excitar más y más nuestra repugnancia hacia ella, condensada toda su ramificación de monstruo.

sidades en estas frases: *no creo en ésto; no me gusta aquéllo; pero hay que seguir la corriente y adaptarse á la moda.*

Ese modo de argumentar nos inspira dos cosas: primero, un sentimiento de compasión hacia los débiles humanos que no tienen el valor de raciocinar; y segundo, un odio irreconciliable á toda idea que tales monstruos engendra, pare y alienta.

Nos merece la consideración y respeto todo individuo que sinceramente sostiene tal ó cual idea, porque hemos pasado por todas ellas y comprendemos la buena voluntad que les guía; pero no podemos admitir que sea conveniente al individuo, y menos para la justicia social, la hipocresía; por eso la atacamos de frente y sin cuartel en cuanto concierne á ideas.

La teoría del padre Segundo *Franco* es, pues, una monstruosidad, porque él condena á cuantos no aparenten tener una ciega sumisión á la voz del pontífice romano, y él protesta porque le pasaron el lápiz jerárquico por algunas páginas de sus obras populares, lo que prueba que él mismo no tiene fe; y si él no observa los preceptos de la fe, ¿con qué derecho condena á los demás que hacen lo mismo?...

Si su alma está manchada del mismo pecado, ¿cómo no proclama para sí la hoguera y el tormento como medios de limpiarla, antes que producir jueces como Marzo y Portas para quemar y torturar á los que nos amparamos en la razón?...

II

El ente humano debe ser, pues, ó creyente ó racional; si creyente, debe tener fe en su director, sea papa, rey ó amo, etc.; y si tiene fe, si considera superior en bondad y sabiduría á su director, su misión es obedecer, no tiene derecho á discutir si están bien ó no las obras de su *infalible ídolo*, porque al ponerlas en tela de juicio reniega de la fe, incurriendo en una contradicción imperdonable; que tienes fe, ó no la tienes; si la tienes, obedece ciegamente; y si no, estás de más en el monte de la fe; esta es la lógica, según nuestro leal entender.

El racional debe procurar el mayor desarrollo posible de los sentidos corporales y atributos mentales para mejor afianzamiento y engrandecer todo lo más posible su entidad pensante, y por medio de la misma posesionarse de la verdad, y posesionado de ésta, conservarla en su mente, á fin de que le sirva de faro y le ilumine al pasar los amalgamados senderos de la vida y poder comprender y ejercer su misión social con la propia.

La misión de los racionales es atender, pensar, discutir, comparar, analizar, discernir, elegir, reflexionar, aceptar y asimilarse del montón; sólo aquella partícula que nos es afina ó heterogénea, según conviene para el funcionamiento del laboratorio mental, y por medio de este trabajo concebir un resultado que sea germen de nuevas ilusiones anunciadoras del alba de un grado más de perfección humana, para gloria propia y placer de todos nuestros semejantes. Cultivar nuestros sentidos; hacerles lo más sensibles posible; elevar nuestros sentimientos hacia el principio de solidaridad; proclamar con hechos nuestra facultad, libertad y autoridad de elegir por medio de la razón hasta llegar al pleno ejercicio del propio y libre albedrío; de relativa en relativa buscar la verdad absoluta, y con la ayuda de ésta hallaremos la equidad social, y en ella la redención humana... Tal es la obra de los racionales.

III

Todos los que teniendo ojos no quieren ver; los que tienen oídos no escuchan; los que hacen caso omiso de los sentidos corporales y atributos mentales; cuantos miran

con desdén los dones que Natura nos ha legado, quieren seguir ciegamente á las órdenes de tal ó cual embrutecido pigmeo humano, rodando inconscientemente por el abismo de la fe, allá ellos con sus tinieblas y sus indefinibles pasiones.

Los racionales, combatiendo los propios á la vez que los sociales defectos, seguiremos con el foco eléctrico mirando, observando, elaborando y perfeccionando la vida individual y social por medio del progreso mecánico y científico, haciendo cada día más extensa la solidaridad de la especie y más equitativa la justicia social, y de este modo iremos limitando el campo y número de los enemigos de la razón.

SEBASTIÁN SUÑÉ.

LA CASTA MALDITA

Otro calificativo no merece la burguesía, esa clase de seres que gozan todos los placeres de una vida fastuosa al lado de una vida de miseria y privaciones, como es la del proletariado. Con razón han dicho que «el cielo de los ricos está hecho por el infierno de los pobres».

Y es lo más odioso que, siendo dicha casta la que más contribuye al mantenimiento de la religión, cuya filosofía, según los teólogos, es hacer el bien, reparar las injusticias; esa casta, que oye misa, confiesa, comulga y póstrase ante el Cristo, no sólo mira con indiferencia las iniquidades de su reinado, sino que colabora en ellas y emplea todos sus esfuerzos en prolongarlas.

Es por eso que al reflexionar ante tanta infamia sobre gran número de individuos, que para baldón de la raza humana pasan por santos, por «almas caritativas», por el hecho de haber tirado algunos mendrugos al rostro de sus semejantes en concepto de limosna (¡miserables!), después que han robado millones y más millones, yo no encuentro epíteto más apropiado á esos «santos» que el de casta maldita, porque, en efecto, sólo la maldición eterna merecerá de aquellos que, como lo hacen los libertarios, lleguen á comprender cuán inmenso es el crimen que cometen contra la humanidad.

MANUEL CÉSAR.

Lebrija.